

de los humildes, y un ancla
de salvación nos ofrece
cuando la vida naufraga...

(Con más calor cada vez.)

¿Quiere, quiere que soñemos
en el Amor?

María Rosa.—(Como en un éxtasis.)

Esperanza

constante de los que sufren,
risueño laurel del alma,
que las frentes acaricia...
Yo, en mis noches solitarias
soñé con él, silenciosa,
bajo el rumor de las parras,
al reflejar de la luna
sobre los campos de plata,
mientras la canción errante
del carretero, que avanza
con su carreta de bueyes,
rumbo a la próxima "estancia",
resonaba en mis oídos
como el eco de una santa
y amada voz que al misterio
del porvenir me invitaba...
¡Pero no!

Jacinto.—¡Sí!... ¿Quieres hacer
que viva esa voz lejana
de nuestro ensueño, en un lazo
de luz y de venturanza?

María Rosa.—¿Cómo?

Jacinto.—Yendo hacia el Amor.

María Rosa.—¿Por dónde?

Jacinto.—¡Por donde él vaya!

María Rosa.—¿Y para qué?

Jacinto.—Para unir
los astros de nuestras almas
en una constelación
palpitante y soberana
como la Vida...

María Rosa.—¿Y a qué
llegarían nuestras ansias,
no teniendo libertad,
que es lo que el amor reclama?

Jacinto.—¡A la suprema ventura!
¡Sabriamos conquistarla
triunfando sobre el destino!

María Rosa.—Tal vez fuese a la desgracia
(Silencio. Desde un momento antes se ha
dejado oír en lejanía la canción me-
lancólica del carretero que pasa. Los
dos la escuchan religiosamente.

Cuando la voz se aleja, luego de haber
dado la sensación nítida de que el ca-

rrero pasa frente a la puerta de la
finca, aunque a una distancia que im-
pide verlo, *María Rosa*, como desper-
tando de un sueño, dice:)

María Rosa.—La vieja canción, la eterna
y amante voz solitaria
que cruza el campo callado...

Jac.—¡Como el Amor que nos llama!
¿Quieres, quieres que soñemos
con el Amor?

(Tomándola de las manos apasionada-
mente. Pausa breve.)

María Rosa.—En mi alma
se ha hecho una luz...

Jacinto.—¿De consuelo?

María Rosa.—De consuelo y esperanza.

Jacinto.—(Con gran ansiedad.)

¿Y entonces?

María Rosa.—(En un arranque heroico)

¡Sí!... ¡Que te quiero

¡Te quiero con toda el alma!

(*Jacinto* imprime apasionado beso en los
labios de *María Rosa*. Silencio.)

Jacinto.—(En voz baja.)

Con este beso, una estrella
se enciende en mi corazón...

María Rosa.—(Dulcemente y señalando
al horizonte.)

Mira... ¿no ves?... Es aquella
que acompaña a la canción...

(*Dobla su cabeza sobre el hombro de Ja-
cinto*, que vuelve a besarla ardiente-
mente. La canción del carretero se va
apagando a lo lejos, y desciende muy
lentamente el telón.)

* * *

Margarita.—(Que se ha acercado con
las demás mozas.)

Las palabras del maestro
son muy dignas de escucharse.

Juanita.—(A *Moza primera*. Aparte.)

No está bien de los tornillos
el viejo...

Moza Primera.—¿Qué disparates
irá a decir?...

El Maestro.—Pues entonces,
muchas gracias, y al instante...

(*Mientras saca los papeles*, se habrá sen-
tado. Hombres y mujeres le harán cir-
culo, formando un cuadro pintoresco
que el anciano *Maestro* domina con su
actitud venerable.)